

por medio de acertados convenios; por haber aumentado su seguridad exterior con la liga de Suabia, y afianzado el órden interior; por haber creado una universidad en Tubinga, y finalmente, por su afabilidad y liberalidad para con los varones de ciencia y los poetas. Su educacion científica era muy incompleta, y el maestro que le enseñó escribió en sus cartas: «No pude hacer de él un latinista, porque sus tutores decian que ya bastaba que supiese leer y escribir en alemán.» Everardo no se contentó despues con tan escasa instruccion y la completó todo cuanto pudo estudiando las traducciones de los autores que no sabia leer en la lengua original. De esta manera llegó á conocer á fondo la Biblia, leyó los escritos agrícolas de Columela, los de medicina de Pedro de Argellata y los ejemplos de los siete sabios de la antigüedad; estudió á Titio Livio, Salustio, Josefo, Ciceron y Demóstenes, y si no estudió los poetas, no fué por repugnancia sino por falta de una persona idónea que le resolviera las dificultades que ofrecen estos autores. Mucho le gustaba la lectura de obras recreativas, á las cuales ya habia sido aficionada su madre, entre otras, las fábulas de Esopo, traducidas por un súbdito suyo, Enrique Steinhövel; las novelas de Bocaccio, traducidas por Nicolás Wyle, que dedicó algunas al mismo Everardo de Wurtemberg, y otras traducciones del mismo autor, de diferente índole, como polémicas y tratados políticos y religiosos, la historia amorosa de Eurialo y Lucrecia, por Eneas Silvio, y sobre todo una coleccion de cuentos chistosos. Esta coleccion fué formada por Agustin Tunger, que entonces tenia treinta y un años, hombre educado en el estudio de las humanidades, pero que no compiló su obra con el objeto de enseñar á Everardo, al cual, por supuesto, elogia como era debido, aunque, segun él mismo dice, no le gustaban al duque los elogios. Los cuentos y chascarrillos figuran ocurridos en los dominios de este ó en las tierras limítrofes, y no tienen mas pretension que la de hacer reir á costa de labradores, mujeres y clérigos, como en aquella época era costumbre. Los rústicos con su simpleza engañan á veces á los ladinos; los perversos vencen con su astucia al hombre de buena fe y ajeno á la picardía, y las mujeres son, por lo general, vanidosas, dadas al lujo, infieles y sensuales; y aunque el autor no niega que tambien hay mujeres buenas y fieles, apenas figuran estas en sus cuentos, y aun entonces les lanza algunas indirectas maliciosas. Ridiculiza á los clérigos por inmorales y explotadores indignos, que á veces encuentran su castigo en el mismo mal que quieren hacer á otros. Para burlarse de su ignorancia habla de un sacerdote al cual el sacristan, que no sabia una letra, tenia que enseñar en el misal los pasajes que habia de cantar. Los critica tambien diciendo que imponen á los fieles muchas penitencias mientras ellos se entregan impunemente á todos los vicios, y reventando de soberbia fingien modestia para obtener puestos elevados y atrapar una prebenda tras otra, siendo malísimos administradores y amigos ingratos y orgullosos cuando han conseguido lo que anhelaban. En el fondo Tunger es moralista, como tantos otros humanistas de su tiempo, pero mejor que los demás y uno de los menos supersticiosos á la par que patriota, porque si por un lado combate en sus cuentos la tendencia á pleitear y se rie de la creencia en ensueños y otras supersticiones, por otro ensalza la honradez de los alemanes, sus conciudadanos, que contrasta con la falacia de los italianos, y les recomienda el uso de su idioma, que no cede en nada á ningun idioma extranjero. Esta última advertencia debia ser tambien la opinion de su soberano el duque Everardo, que era amigo de las ciencias sin saber latin.

Con la universidad de Tubinga tuvo la parte del sudoeste de Alemania su foco de instruccion, y para el centro fundó el elector de Sajonia, Federico el Sabio, otra universidad en

Wittemberg. Este príncipe, que reinó desde 1463 hasta 1526, mantuvo relaciones muy íntimas con el emperador Maximiliano. Era uno de los príncipes mas poderosos de Alemania, y tanto por esto como por su sabiduría y lo bien que gobernaba sus Estados obtuvo algunos votos, sin haberlos buscado, cuando despues de la muerte de Maximiliano se le eligió un sucesor. Era hombre pacífico, y solia decir que su nombre Federico (*Friedreich*) significaba *pacífico*; por tanto, no trató de ensanchar sus Estados, pero los conservó con solicitud y teson, y en las situaciones mas difíciles acertó siempre á tomar el camino mas conveniente; de modo que alguien dijo de él, que si no hubiese nacido príncipe, siempre habria llegado, cuando menos, á ser alcalde de su pueblo. Era precavido y lento en sus resoluciones, hasta leer, meditar y hacer enmendar diez y veinte veces todo documento antes de firmarlo, y por lo mismo protegió la reforma religiosa, que nació en sus Estados, con la misma parsimonia, continuando en el gremio de la Iglesia católica hasta su muerte. Oia misa cada día, hasta en sus viajes y en las cacerías; confesaba y comulgaba puntualmente; no blasfemaba y trataba á todo el mundo con cariño y mansedumbre; no maldecia á sus enemigos, y se contentaba con decir, cuando hablaba de ellos: «Dios les perdone.» Era bondadoso y caritativo, prefiriendo dar á prestar, por cuya razon le disgustaban las personas de corazon duro, y dijo en una ocasion de un noble: «Es un hombre malo, porque es duro para con los pobres;» calificación rara en su boca por lo severa.

Habia recibido una educacion excelente auxiliada por su buen talento natural, pero no llegó á ser erudito. Conservó hasta su muerte gratitud y cariño á su maestro. Sabia el latin, pero no le gustaba hablarlo, á lo mas mezclaba en sus discursos alguna cita latina, sobre todo de Catón y de Terencio, como era entonces costumbre para aparentar instruccion; pero le gustaba la sociedad de las personas eruditas, á las cuales favoreció de obra y de palabra, invitando á muchas á su mesa y encargando á las mas idóneas trabajos y misiones importantes. Su historiador y confidente, que refiere este rasgo de su carácter, cita una gran lista de varones notables empleados por este príncipe, de los cuales aquí solo citaremos á uno, que no figura en la lista porque es el mismo historiador, el mas eminente de todos. Era Jorge Spalatino, ó mejor dicho, Jorge Burkhard, natural de Spalt, en Baviera, donde nació el año 1485, y murió en 1545 en Altemburgo en Sajonia.

Era Spalatino hombre político, historiador, teólogo y humanista. Fué ministro de Federico el Sabio y de Juan, los dos hermanos co-gobernantes del electorado de Sajonia, cuya biografía, reinado y época escribió con notable talento, arte y verdad, con el auxilio de su excelente memoria y de gran copia de documentos valiosos. Era celoso partidario de Lutero y lo demostró en la citada obra al hablar de sucesos referentes á la nueva secta, como la quema de un mártir luterano en Viena en 1524, seguida á los pocos dias de un incendio que destruyó 800 casas de cal y canto, á lo cual añade: «Fué como si Dios hubiese querido decir: Quemais á los míos sin motivo, siendo inocentes; pues tambien puedo yo encender una hoguera y reducir á cenizas á los vuestros.»

En la vasta correspondencia que mantenía con otros humanistas de toda la Alemania, es donde se presenta este hombre mas simpático por su grandísimo celo y afición á las humanidades y en especial á la lengua y literatura griegas, cuando tan difícil era adquirir libros de esta clase, que en los primeros tiempos tenían que pedirse á Italia. Iguales muestras de grandes cualidades da en su correspondencia con Mutiano, su maestro y apóstol, hombre inteligente, de grandes ideas humanistas, que olvidó las pequeñeces y mise-

rias de la vida en el trato con el joven y aplicado Spalatino, y este á su vez le profesó toda su vida un entrañable cariño que no pudieron debilitar sus divergencias en política y religion.

El tercer príncipe alemán que ejerció gran influencia en el desarrollo de la nueva civilizacion en su país, fué Alberto V, cardenal arzobispo y príncipe elector de Maguncia. Durante su larga vida, desde 1480 hasta 1545, dedicó su actividad con éxito vario á los objetos mas diferentes, aunque no siempre laudables. No era un patriota de los que en sus actos tienen ante todo á la vista los intereses de la patria; tampoco era hombre religioso de los que se dejan dirigir exclusivamente por su conciencia; era astuto, sabia ceñir el viento y conservar siempre su posición al través de los mayores peligros; admitió la dedicatoria de una obra escrita contra el poder temporal del papado; recibió mal á los defensores de la curia romana y enemigos de la corriente humanista; pero cuando vió comprometida su posición de príncipe de la Iglesia, persiguió á los protestantes, á quienes trató entonces de herejes, y ejecutó servilmente las órdenes é instrucciones de Roma. No obstante esta versatilitad política y religiosa, siempre fué amigo y protector sincero de las letras y artes, y el único soberano alemán que estaba rodeado de una corte de literatos.

Reuchlin, en la dedicatoria de un libro que envió á Alberto V, alaba las dotes extraordinarias, la erudicion y la pureza de costumbres de este príncipe y el apoyo material y eficaz que daba á los necesitados; pero temiendo ser tachado de adulador, se interrumpe exclamando: «¿A qué enumerar tus virtudes cuando basta verte rodeado de varones como Ulrico de Hutten, Enrique Stromer y Lorenzo Truchsess?»

El último de estos tres era chantre de la catedral de Maguncia, y hombre de nobles sentimientos, de ciencia, y teólogo favorable al movimiento intelectual moderno. Stromer era médico instruídísimo, no solamente en su profesion sino en toda la literatura clásica, y por lo mismo enérgico defensor tambien del estudio y proteccion de las humanidades; Hutten finalmente estuvo poco tiempo al servicio del elector de Maguncia, que le confió entre varios trabajos una comision diplomática á la corte de Francia. De este célebre humanista alemán hablaremos mas adelante, y por ahora nos limitaremos á algunas observaciones sobre dos de sus obras literarias, que se refieren á la corte de Maguncia, y sobre el hombre que introdujo á Hutten en aquella corte. Este hombre fué el caballero Etelwulfo de Stein, que vivió aproximadamente desde el año 1450 hasta el 1515, y cuya temprana muerte fué causa de que Reuchlin no agregara su nombre á los tres varones citados. Fué uno de los primeros nobles que en Alemania se dedicaron á estudios serios y que despues de haberse perfeccionado en las universidades de Italia y haber llegado á elevados puestos en su país, mantuvo estrechas relaciones con los hombres de ciencia y los poetas mas eminentes. Para él esta clase de personas era tan distinguida como la nobleza de título, y por eso preguntó á un noble, literato como él, que le hablaba de las personas de su clase: «¿De qué clase se trata? ¿De la clase noble ó de la docta? pues á las dos pertenecemos.» Sus muchas ocupaciones oficiales, pues era ministro principal del elector de Brandeburgo y su representante en el parlamento del imperio, no le dejaron tiempo para escribir obras, pero trabajó con incansable celo en favor de toda empresa intelectual; tuvo una parte no pequeña en la fundacion de la universidad de Francfort del Oder, y despues contribuyó á hacer de ella el centro de los nuevos estudios literarios. Cuando vió la de Maguncia y conoció que en realidad no era mas que una facultad de teología, aplicó toda su influencia para tras-

formarla en universidad modelo y academia de ciencia, á cuyo fin llamó allí gran número de elementos jóvenes y científicos entre los cuales figuró tambien el ya citado Ulrico de Hutten, al cual encargó un panegírico de Alberto V.

Hutten lució en este trabajo toda su elocuencia ampulosa de humanista. Empieza por los ascendientes del príncipe que dieron ya á conocer la grandeza de su futuro vástago; luego presenta al genio del Rhin y otras divinidades fluviales acudiendo á saludar al príncipe elector, elegido entonces por el cabildo de la catedral; despues le compara con Hércules, diciendo que en la alternativa de decidirse por un extremo, ha elegido la virtud, y le ofrece como modelo de moderacion, de conducta ejemplar y de protectores y amantes de las ciencias y artes.

No siempre fué adulador Ulrico de Hutten, y así lo probó en el prólogo antipapista de la obra de Valla sobre la donacion de Constantino, dirigido al mismo Alberto V, y en su diálogo sobre la vida de la corte, titulado *Misaulo*, nombre que significa *enemigo de las cortes*, porque el tal Misaulo es uno de los interlocutores y Casto el otro. En este escrito describe Hutten las cortes como lugares donde el hombre no es libre y que al mismo tiempo son focos de vicios y de enfermedades. Si el soberano es casado y tiene hijas, estas y su madre aumentan los peligros que pierden á tantos cortesanos. Casi todos los príncipes alemanes, dice, están arruinados á consecuencia de sus despilfarros, de sus excesos y de su afan de imitar á los que son mas poderosos que ellos; y el trabajo es para el pobre cortesano, que apenas consigue cobrar su sueldo mezquino, y á menudo ha de gastar lo suyo para servir á otro. A esto se agrega que los príncipes no saben ni elegir con acierto ni apreciar á sus servidores; buscan hombres atléticos y postergan á los pequeños, aunque sean los mas inteligentes y hábiles. Es evidente que salvo lo de la esposa é hijas del soberano, aludió Hutten en este diálogo á la corte de Maguncia, la única que conoció algo íntimamente y que dió lugar á muchas quejas.

Donde Hutten se solia encontrar mejor cuando joven era ciertamente en su castillo, donde como amo y libre solo dependia de su soberano feudal; mas despues, sin embargo, reconoció la importancia moral y material de las ciudades, de las cuales decia que debian cooperar á evitar que la nacion alemana fuese la befa de las demás, que solo trataban de perjudicarla, es decir, que reconoció indirectamente que las ciudades eran los centros principales del poder intelectual.

### CAPITULO III

#### LAS CIUDADES ALEMANAS

Uno de los rasgos mas interesantes del período de transicion de la Edad media á la moderna es el desarrollo político é intelectual de la clase media, concentrada en las ciudades amuralladas para resistir á los señores feudales y á los aventureros. Los habitantes, asegurados ya contra ataques brutales, aplicáronse á aumentar su industria, extender su comercio, vigorizar su colectividad por medio de una organizacion interior municipal y fomentar la nueva civilizacion.

En los siglos xv y xvi era ya considerable el número de las ciudades cuya prosperidad era una magnífica garantía para la robustez y pujanza de la raza alemana. Figuraba en primera línea Francfort del Mein, que entonces era ya la admiracion de los extranjeros, y entre las ciudades que se destacan como focos de la vida intelectual moderna eran las mas importantes Estrasburgo, Nuremberg y Augsburgo, sin contar muchas otras, famosas por alguna escuela ó universidad.

En una comedia escrita en el último tercio del siglo xv, el autor hace figurar á Ciceron y César, que han vuelto á este mundo y visitado la Alemania. Estos personajes expresan en sus conversaciones el asombro que les causan las maravillas que ven en una tierra á la cual creían todavía entregada á la barbarie. Estrasburgo les parece la mas bella de las ciudades de Alemania, baluarte y adorno de la patria. En Augsburgo creen ver otra Roma con sus quirites, y de Nuremberg dice uno de ellos que por sus obras admirables de

arte es la Corinto de Alemania, y añade: «Si miras sus murallas y baluartes, convendrás en que costaría trabajo hasta á un Mumio apoderarse de ella.»

Entre estas tres ciudades sobresale Estrasburgo, porque allí, en la frontera, bajo la amenaza continua de los ejércitos franceses, se desarrolló una civilización y una vida intelectual alemanas especiales é independientes del resto del país, aunque basadas sobre el Renacimiento italiano, que allí quizás antes que en otras ciudades había echado raíces sólidas.



Alberto de Maguncia

Copia de un grabado en cobre por Alberto Durerero, hecho en el año 1519

Uno de sus principales fomentadores fué Jacobo Wimpeling, que con sus compañeros y partidarios difiere en muchos puntos de los otros humanistas coetáneos en el resto del imperio. Los oscurantistas de aquel tiempo le calificaban de *semi-reuchlinista*, ya porque apoyó solamente á medias á Reuchlin cuando este tuvo su famosa contienda con los humanistas de Colonia, ya porque no llegaba ni con mucho á la altura de Reuchlin en las humanidades, ni penetraba tan adentro en el genio del nuevo movimiento. Su latin era poco correcto, porque no distinguía entre el latin del siglo de Augusto y el posterior, cuando empezaba á dominar el cristianismo; además no sabía el griego, y finalmente era uno de aquellos humanistas que al estudiar los autores antiguos no podían desprenderse de escrúpulos cristianos y teológicos. Era teólogo terco, intolerante, no soportaba la menor contradicción; controversista incorregible, y siendo clérigo secu-

lar, atacaba sin piedad al clero regular por su inmoralidad y su desprecio de los estudios. Las disputas que en aquellos tiempos se originaron pintan mejor que nada su estado intelectual. En uno de sus escritos titulado: *La integridad (De integritate)* y dirigido contra los frailes, se había adelantado á sostener, afanoso de rebajar á sus contrarios, que San Agustín no había sido fraile, y que era apócrifo un escrito suyo con el cual los agustinos pretendían probar que el gran padre de la Iglesia había pertenecido al clero regular. Para probar en el mismo escrito la superioridad del clero secular sobre el regular, había añadido una lista de los clérigos seculares eminentes, encabezándola con Moisés y Jesus. Los frailes agustinos no habían esperado este segundo golpe, pero se rehicieron, y no pudiendo sostener lo contrario, aunque un tal Murner quiso probar, según se dijo, en un sermón, que Cristo había sido fraile, prefirieron rehabilitar como tal al

fundador de su orden. Esta lucha adquirió proporciones formidables y el caso fué llevado por los frailes ante el papa, que hizo cesar la disputa, pero no decidió la cuestión. Esta y otras guerras de pluma fueron solo una especie de preludio de otra que sostuvo Reuchlin contra los dominicos de Colonia y sus aliadas las universidades de Paris, Lovaina, Erfurt y Maguncia (1).

Wimpeling se vió envuelto por su culpa en otra controversia suscitada por Jacobo Locher, que vivió desde 1471 hasta 1528, y siguiendo la moda de su época había adoptado un sobrenombre griego, el de Filomuso, justificándolo con su gran amor al estudio de los clásicos y con varios trabajos dignos de alabanza, como una edición de Horacio, la primera que se hizo en Alemania. El adversario de Locher era un profesor de la universidad de Ingolstadt, llamado Jorge Zingel, que había proclamado á la teología la única ciencia verdadera y declarado todas las otras, especialmente la humanista ó sea la poesía, inútiles y hasta perjudiciales si no se subordinaban á la ciencia teológica, madre de las ciencias. Locher salió á la defensa de las musas y calificó la teología de Zingel de simple sinrazon escolástica, sosteniendo que la teología verdadera, á saber, la de la Biblia y de los padres de la Iglesia, consideraba á la poesía no como esclava sumisa, sino como compañera, porque ambas reunidas formaban un todo armónico. Dos fueron los folletos que Locher publicó, uno en 1503 y otro en 1505, para sostener su tesis, por supuesto confundiendo al estilo de su época las personas con las cosas, y con algunos flechazos dirigidos á terceros. Wimpeling fué una de las personas que se sintieron heridas, y se apresuró á correr al auxilio del atacado, que no solamente era correligionario sino también amigo suyo. Después de animarle á continuar impávido la contienda, presentó al claustro de la universidad una queja contra Locher, que era uno de los profesores de aquel centro de enseñanza. A esta intervencion inesperada en la disputa contestó Locher en otro escrito con el título de: «Mulas y Musas comparadas» (*Comparatio mule et muse*), en el cual fustigó cruelmente la teología de los escolásticos con todas sus argucias, y encomió la poesía, el don de las musas, el arte cultivado por tantos genios sublimes, probando que se hermana perfectamente con la teología verdadera y que fué cultivada en otros tiempos por los grandes padres de la Iglesia. Este escrito no fué tan apreciado como merecía por los partidarios de la poesía, y no tardó en caer en olvido completo por culpa quizás del mismo autor, que como tantos otros genios belicosos y liberales, se hizo conservador con la edad y acabó por ser tan adversario de las ideas humanistas nuevas como de la teología escolástica. Esto, sin embargo, no quita á Locher su importancia para la historia del humanismo, porque con su amor á las bellas formas abrió el camino á nuevas creaciones, que conformándose mas y mas con el espíritu de su época aprovecharon las bellezas de los modelos antiguos.

Si el escrito de Locher no consiguió interesar á los correligionarios del autor, en cambio exasperó al partido contrario, que se agrupó con ademán belicoso al rededor de Wimpeling, y escribió una fogosa defensa de la teología contra el «torpe libelo» de Locher (*Contra turpem libellum Philomusi*

(1) El motivo fué una orden del emperador, en 1509, de quemar todos los escritos hebreos que no forman parte de la Biblia. Reuchlin, que entonces era presidente del tribunal imperial del distrito de Suabia, se opuso á ejecutar esta orden, y de ahí la disputa. A Reuchlin se formó causa inquisitorial, primero en Maguncia, después en Spira, y finalmente, hubo de defenderse ante el papa, lo cual hizo con brillante éxito, mientras entregó el clero monacal á la risa general con su obra: *Epistola obscurorum virorum* (Cartas de los hombres oscuros). (N. del T.)

*defensio theologia*), maltratando lo mismo su persona que á la causa de la poesía, diciendo que era indigno de la corona de poeta y que sus escritos estaban llenos de contradicciones irreconciliables. En esta polémica llegó al extremo de excitar contra el defensor de las musas á la inquisición, pidiendo su destierro ó cuando menos la exposición á la pública vergüenza. Esto en cuanto á la persona del autor; respecto de la poesía, repitió lo que ya había dicho antes, á saber, que era un arte inútil y hasta perjudicial porque «ni servía para resolver un pleito ni para curar una enfermedad,» y finalmente, cree confundir á su contrario diciendo en tono de triunfo que la mayor parte de los poetas han muerto ignominiosamente. Una sola clase de poetas exceptuó, á saber, los teólogos que preferían exponer sus consideraciones piadosas en verso en lugar de hacerlo en prosa.

Ya hemos indicado que semejante extravío no era la opinion de un solo individuo sino la de todo un partido. Un tal Zasio sostuvo en una disertacion que los clérigos no debían leer obras poéticas profanas, y Conrado Wimpina publicó una «Apología de la teología contra los que consideran la poesía como su cabeza, su manantial y su escudo.» En esta obra procura probar la ninguna utilidad y el daño que resultan de la lectura de los poetas; y prueba la inutilidad con la singularísima salida de que con el auxilio de todos los poetas latinos y griegos era imposible resolver la importante cuestion teológica: *Sacramentalia á sacramentis distincta*.

En política fué Wimpeling alemán puro; la lucha de los suizos por su libertad solo excita su desprecio y lo mismo le pasa con las demás naciones, á las cuales no reconoce mérito alguno. En cambio atribuye á los alemanes todo lo bueno y odia francamente á los franceses; así lo manifiesta en cartas, versos alemanes pésimos y en una obra escrita en alemán y latin, titulada: *Germania*, que fué atacada por Tomás Murner. A los franceses no pudo perdonar que su rey Carlos VIII se hubiese casado con Ana de Bretaña, la novia del emperador Maximiliano I.

Estas polémicas, así como la *Germania* de Wimpeling, son tan instructivas, no solamente para conocer á los interesados en la disputa sino también para hacerse cargo de todo el movimiento científico y literario de Alsacia, y hasta de toda la Alemania, que no podemos menos de detenernos en ellas.

La *Germania* fué publicada en 1501 en latin por el autor, que entregó al propio tiempo la obra, escrita en alemán, al Consejo municipal de Estrasburgo. Divídese en dos partes que, en rigor, nada tienen que ver la una con la otra. En la primera, destinada á sus conciudadanos, trata el autor de la constitucion interior de la ciudad, y en la segunda se propuso probar que la Alsacia no había pertenecido nunca á Francia. Apoya su tesis en suposiciones plausibles, en testimonios excelentes y en autores de crédito, y empieza su demostracion fundándose en el hecho de «que jamás hubo emperador ni rey del imperio romano que descendiera de padres galos, sino de ilirios, tracios, árabes y panonios, cuando no eran hijos de Italia, hasta Carlo-Magno, que era alemán. Este dejó el imperio romano como herencia á los alemanes, en cuyas manos ha continuado sin interrupcion. La opinion de César de que el Rhin formaba el límite de la Galia, era equivocada, porque entre este rio y la Galia propiamente dicha estaban toda la Austrasia y los Vosgos, que forman una excelente frontera natural.»

Prueba lo primero desde luego, con algunos datos generales, como el recuerdo que Pipino el Austrasiano había dejado en el pueblo alemán, recuerdo tan arraigado que había dado lugar á dichos populares; luego cita la inclinacion dominante de Carlo-Magno á la Alemania y á todo lo que era